

Luisella Scrosati

HORA DE LA DOCTRINA / 166 – EL SUPLEMENTO

LA COMUNIÓN EN LA LENGUA Y LA CONEXIÓN CON EL MISTERIO EUCARÍSTICO

Con el tiempo, la Iglesia ha reconocido y “seleccionado” la Comunión en la lengua como la forma más apropiada de expresar su cuidado por este maravilloso sacramento, todo su amor y reverencia por Jesús en la Eucaristía.

CATECISMO 08_06_2025



Con el paso del tiempo, y con la progresiva profundización de la verdad del misterio eucarístico, de su eficacia y de la presencia de Cristo en él, junto con el acentuado sentido de reverencia hacia este Santísimo Sacramento y los sentimientos de humildad con los que uno debe acercarse para recibirlo, se introdujo la costumbre de que fuera el propio ministro quien colocara la partícula del pan consagrado en la lengua de los comulgantes. Así, la Instrucción *Memoriale Domini* (1969), que también admitía el indulto para la Comunión en la mano, mostró y defendió las razones por las que la Iglesia prefirió con el tiempo evitar el contacto de la partícula consagrada con las manos de

los fieles, disponiendo que el ministro la colocara directamente en la lengua: una mayor conciencia del misterio de la Eucaristía y mayor reverencia y humildad.

Un uso, este último, que ya coexistía con el de la Comunión en la palma de la mano y que finalmente se prefirió porque se demostró inequívocamente que podía proteger contra cualquier posible profanación voluntaria o dispersión involuntaria de los fragmentos eucarísticos. De hecho, la doctrina católica enseña que Cristo está presente con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad no solo en cada partícula consagrada, sino también en cada fragmento. « *Fracto demum sacraménto, ne vacilles, sed meménto, tantum esse sub fragménto, quantum toto tégitur* – Cuando rompas el sacramento, no temas, sino recuerda: Cristo está tanto en cada fragmento como en el todo»; así expresa Santo Tomás de Aquino la fe católica en el himno *Lauda Sion* .

Por lo tanto, con el tiempo, la Iglesia ha reconocido y “seleccionado” la Comunión en la boca como la forma más apropiada de expresar el cuidado de la Iglesia por este maravilloso sacramento, todo su amor y reverencia. La propia Instrucción lo reconoce: “Con esta forma, ahora tradicional, se asegura mejor una distribución respetuosa, apropiada y digna de la Comunión; se evita el peligro de profanar las especies eucarísticas, en las que “Cristo, entero e íntegro, está presente de manera única, sustancial e ininterrumpida; Dios y hombre” (Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium* , n. 9) y se tiene la oportunidad de observar con precisión la recomendación siempre hecha por la Iglesia sobre la consideración debida a los fragmentos del pan consagrado: “Si dejas escapar un fragmento, es como si perdieras a uno de tus propios miembros” (San Cirilo de Jerusalén, *Catechesis Mystagógica* V, 21)”.

Esta última cita es particularmente importante . Proviene de San Cirilo de Jerusalén, referente por excelencia para quienes apoyan la Comunión en la mano. Sin embargo, *Memoriale Domini* no duda en citar este texto para apoyar la Comunión en la lengua como la modalidad más respetuosa de la Eucaristía. El significado de esta cita reside precisamente en lo que hemos tenido la oportunidad de explicar en un artículo anterior : la principal preocupación de los Padres no fue defender la Comunión en la palma de la mano, sino exhortar al máximo cuidado para que no se perdiera ni una miga del pan consagrado. Y es este mismo cuidado el que posteriormente impulsó a la Iglesia a preferir la Comunión directamente en la lengua. Por lo tanto, podemos afirmar que la Comunión en la lengua se enmarca precisamente en la trayectoria delineada por estas recomendaciones de los Padres, incluido San Cirilo, como el cumplimiento de sus deseos, «porque —enseña además la Instrucción— expresa y significa el respeto reverente de los fieles hacia la Sagrada Eucaristía». Es evidente, por tanto, que un cambio de dirección hacia los usos más antiguos (o presumiblemente más antiguos) constituiría de hecho una involución, un paso de la modalidad más «respetuosa, conveniente y digna» a otra más incierta.

Incluso los más fervientes defensores de la forma actual de Comunión en la mano no pueden dejar de reconocer que la Comunión en la lengua prácticamente elimina el peligro de dispersión de los fragmentos, al menos *ex parte fidélium* . De hecho, los argumentos a favor de la Comunión en la mano son de naturaleza completamente distinta: un sentido malinterpretado de la Tradición (véase aquí), una participación igualmente malinterpretada de los fieles en la liturgia y su sacerdocio bautismal, un énfasis considerado excesivo en la adoración de la Eucaristía en lugar de en su carácter nutritivo, supuestas razones higiénicas. Todas estas objeciones las abordaremos en un próximo artículo.

Por ahora, es interesante notar que el primer retorno a la práctica de la Comunión en la mano, después de su desaparición durante varios siglos, se produjo no en el mundo católico sino en el protestante, en particular en aquella porción que negaba la presencia real de Cristo en la Eucaristía (para las diferentes formas de entender la presencia de Cristo en la Eucaristía, ver aquí). Martín Bucero (1491-1551), gran propagador de la Reforma Protestante en la corte de Enrique VIII y partidario, siguiendo a Ulrico Zuinglio (1484-1531), de una presencia sacramental (simbólica) y no real de la Eucaristía, fue de los primeros en cuestionar el uso católico de la Comunión en la lengua y de rodillas, al menos por dos razones: porque rendía un honor inapropiado a la Eucaristía (una afirmación absolutamente coherente con su concepción incompleta de este sacramento) y porque confería al sacerdote una santidad que en realidad no tenía (de nuevo, una postura coherente con la concepción errónea del sacerdocio). No es sorprendente que quienes

confesaban una doctrina errónea sobre la Eucaristía y el sacerdocio rechazaran aquellos gestos litúrgicos que la doctrina correcta expresaba claramente. Lo que es importante subrayar es que el “renacimiento” de la Comunión en la mano fue visto como necesario por algunos reformadores para romper, a nivel disciplinario litúrgico, las doctrinas católicas sobre la Eucaristía y el sacerdocio, fuertemente corroboradas entre el pueblo no tanto por medio de una sólida catequesis, sino por gestos litúrgicos precisos prescritos que “predicaban” inequívocamente la correcta doctrina eucarística.

Aquella forma que en la antigüedad, con todas sus especificaciones y recomendaciones, constituyó la crisálida de la forma más madura, se convirtió ahora en el estandarte de la heterodoxia; la inversión arqueológica significó que la misma forma de la antigüedad (o, mejor dicho, una forma similar) ya no comunicaba la misma fe. Por otro lado, si la fe de los «reformadores» hubiera sido la misma, no se habría sentido la urgencia de modificar la forma actual.

En nuestro análisis hemos demostrado hasta ahora que:

1. El nuevo método de distribuir la Comunión en la mano difiere en muchos aspectos del antiguo método de distribuir la Comunión en la palma, con la omisión de aquellos elementos que aseguraban mayor reverencia y atención, y es por tanto peor que el método antiguo.
2. La distribución de la Comunión en la lengua, como enseña también *el Memoriale Domini*, fue el desarrollo más coherente con la fe católica sobre la Eucaristía y condujo a la perfección de los principios que fundamentan la Comunión en la palma, evitando los riesgos, ya ampliamente tratados por los Padres.
3. La “recuperación” de la Comunión en la mano fue posible en aquellos ambientes cristianos cismáticos y heréticos del siglo XVI, que tenían (y tienen) una concepción insuficiente de la Eucaristía, como sacrificio y como sacramento, y del sacerdocio católico.

Podemos afirmar pues que la «heredera» fiel, coherente y madura de la antigua modalidad de la Comunión en la palma (que, recordemos, ya coexistía con la directa en la lengua) es pues la Comunión en la lengua, no la de la mano.